

KÄTHE KOLL- WITZ

UNA PIEDAD EN PRIMERA PERSONA DEL FEMENINO SINGULAR

Esculpó la impresionante obra 'Madre con hijo muerto', un llanto del que nunca se repuso tal y como se aprecian en las memorias de la artista alemana que acaban de ser publicadas

POR SILVIA
CRUZ
LAPENA

MEMORIAS

La Piedad de Miguel Ángel, la de Tiziano, la de Rubens o la de Fouquet. Y en esa lista de creadores destacados que un día se inspiraron en el dolor de una madre que pierde un vástago, solo una mujer: Käthe Kollwitz, la artista que talló en bronce su propio duelo. La escultora alemana no diseñó una progenitora joven e inmortal como la Virgen de Miguel Ángel, sino una anciana y derribada. Y el hijo, su hijo Peter, no yace sobre sus piernas sino entre ellas. Con ese autorretrato y esa ubicación, Kollwitz despoja su Piedad de toda religiosidad y ofrece un cuadro humano. Tanto, que el cuerpo femenino que agarra el cadáver, además del dolor por la muerte, expresa la impotencia por una menopausia que le impide reemplazar al difunto por un bebé para poner, de alguna forma, la vida en marcha de nuevo.

Así lo narra Kollwitz en los diarios que ha publicado Hermida Editores, a partir de una selección de las mil páginas que escribió quien fue la primera mujer admitida en la Academia de las Bellas Artes de Berlín. «Si tuviera un hijo, en él habría huellas tuyas...», dice a pesar de que tiene otro, Hans, pero no le sirve para aliviar la ausencia del ya muerto.

Kollwitz empieza sus memorias con 40 años, tras una serie de episodios depresivos que coinciden con las primeras señales del climaterio. «Asexual», «se-
quedad», «marchita» y «aridez» son palabras que apa-



La escultora alemana Käthe Kollwitz (1867-1945), autora de 'Madre con hijo muerto'. GETTY IMAGES

recen en esas páginas porque Käthe teme que su mente, su talento y sus ideas se contagien de su cuerpo. Eso nunca sucede, el trabajo para ella es un motor que la mantiene vida, activa, libre, pero tras la muerte de Peter ese temor aumenta y la persigue hasta el final de su vida.

En sus diarios, Kollwitz se expresa sin tabúes, también sin regodeos. Y le da voz a su carne como si aplicara la definición de arte que hizo su escritor predilecto: «La unión continúa y viva entre los ojos del cuerpo y los del espíritu». Palabra de Goethe. Por eso el diario de Käthe parece una vivisección en la que resulta imposible separar lo intelectual de lo físico y su cuerpo de su obra. «Cuando creo haberme convencido del absurdo de la guerra, me vuelvo a preguntar en virtud de qué ley han de vivir los hombres». He ahí una de las fortalezas de su prosa, la honestidad con la que se enfrenta a sí misma y a sus ideas, algo a lo que no siempre se atrevió públicamente.

Criada en una familia vinculada al Partido Socialdemócrata, pero definida por la crítica como una artista revolucionaria, Kollwitz se lamenta de haber matizado o rechazado etiquetas que no siempre la definen. Opta por que sus obras hablen por ella aunque en su interpretación de las mismas los demás yerren o se excedan. «Me tendrían que haber dejado en paz», dice cuando la usan como símbolo. «De un hombre se reclamaría más consecuencia», escribe sobre las dudas que le surgen y le impiden sacar conclusiones inamovibles. «Ni siquiera puedo profesar mi pacifismo», dice alguien a quien la muerte de su hijo le arrebató la convicción de que todos los alemanes debían combatir por su patria.

«Tú, país del genio alto y más grave / tú, tierra del amor, yo soy ya todo tuyo», dicen los versos de Hölderlin en los que Käthe y Peter basaban su idea de Alemania y su opinión sobre la guerra. Por eso los diarios son también un relato de las cuitas políticas e intelectuales de una nueva mujer, modelo nacido de la República de Weimar gracias a la aprobación del sufragio femenino o el acceso a la universidad. Pero a Kollwitz no le preocupan las mujeres de su clase. Le interesan las que pasan penurias, a quienes conoce de cerca al casarse con Karl Kollwitz, médico que atiende gratis a quienes tienen menos. Así se aprecia desde su primer trabajo relevante, el grabado titulado *Rebelión de los tejedores*.

Pero en su dietario la creación que más cita, a veces sin nombrarla, es esa Piedad que prefirió llamar *Madre con hijo muerto*. «No hay nadie que tenga más derecho que yo a realizar este monumento», dice sobre una obra que dejará y retomará decenas de veces. Cuando está a punto de acabarla y tiene que entregarla a las autoridades para que la coloquen en algún espacio público, el nazismo ya está en el poder. Por eso entrega otra, porque teme que la derecha utilice lo que ella ha concebido como un homenaje a Peter y le aterra imaginar que una mañana amanezca su obra cubierta de cruces gamadas.

Tras firmar *Llamada de atención*, el manifiesto con el que los intelectuales alertan del ascenso de Hitler, el régimen señala a Käthe y a Karl. El matrimonio se libra del campo de concentración por su edad y su relevancia, pero debe abandonar Berlín. Käthe es expulsada de la Academia y se prohíben sus obras. Pero será la II Guerra Mundial la que le traiga el último golpe: la muerte de su nieto Peter, hijo de Hans. Conocedora de lo particular de ese dolor, intenta ayudar a su nuera, pero pronto ve que es imposible. «De semejante herida, sólo se puede curar uno mismo», se la oye decir casi al final del libro y de su vida.

'DIARIOS
(1908-1943)'
KÄTHE KOLLWITZ
176 páginas. Hermida
Editores. 18 euros

